

Estrategias derivadas de la teoría de juegos aplicadas a un héroe literario



José Carlos Presa Díaz
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento y Moral Militar.

«Etenim omnes artes quae ad humanitatem pertinent habent quoddam commune vinculum». Cicerón. *Pro Archia Poeta*, Exordio

16 de enero de 2021

Los personajes de las narraciones prefieren unas cosas sobre otras, como es natural. Por acción u omisión adoptan unas u otras estrategias, dirigen el conjunto de sus acciones pautadas en un argumento a un fin o efecto final deseado, vinculado al desenlace. Averiguar, a lo largo de un texto narrativo, cuál es esa preferencia estratégica, esa intención, esa recompensa física o psíquica al que optan los protagonistas según las coordenadas de espacio, tiempo y acción, es tarea del lector o del espectador que procesa y formaliza el texto.

Como es sabido y entre otras definiciones, el arte de decidir y de elegir soluciones que generen actos determinados se llama Estrategia. En los relatos, en los cuentos,

los personajes se establecen como entes asociativos o competitivos, como en la política, en la religión o incluso en la vida ordinaria. Se enfrentan el éxito frente al fracaso, al premio frente al castigo, con determinación o indolencia. En definitiva, los pares de contrarios compiten, apuestan, se emocionan, se abstraen y, en resumen, juegan por lograr sus metas en forma de objeto anhelado más o menos cuantificable o más o menos tópico o utópico.

Más allá de todo aquello que vincula emociones e intenciones en cuantificación numérica de adjetivos o nombres y sus estructuras, y que en la mayoría de los casos se basa en la estilística y sus figuras, en la contabilidad de palabras, en las estructuras sintácticas, en el género y contexto escogidos y en un sinfín de opciones literarias propias del análisis textual clásico, el trabajo origen de esta comunicación pretende hacer objeto de estudio al personaje literario (y por qué no, real) desde una perspectiva nueva, que no es otra que el “estudio de un héroe literario”, una figura de máximos en cuanto a sus aspiraciones, sus objetivos, desde las diferentes aristas cognitivas que tiene un proceso de toma de decisiones, pautado en forma de estrategias estimadas como óptimas sobre una secuencia de acciones tangibles constantes que devengan recompensas intangibles.

La teoría de juegos aporta a la estrategia una herramienta algebraica limitada sobre la base de estructuras de creencias que devengan premios y castigos como recompensas a la acción o a la omisión. Por ello, y sobre el andamio de esa estructura que pudiese ser nexo común entre la pauta estratégica que late en la narración y los postulados que rigen los juegos, en este análisis particular se incluye, se relaciona, el arte de la Estrategia junto con el arte de la Literatura en un esquema nuevo de formalización textual que pretende ser coherente y lógico, basado en la teoría de juegos y en sus propiedades matemáticas ya aplicadas con éxito y reconocimiento en la Sociología, en la Política y en otras ciencias o artes, incluidas naturalmente las militares.

La tesis establece una correspondencia entre la Estrategia y la Literatura, buscando las fronteras más permeables entre ambas disciplinas que permitan relacionarlas sin mera especulación. Analiza después la comunión entre juegos y argumentos. Con posterioridad, delimita el objeto literario, el comportamiento pautado de un héroe literario castellano, para lo que se elige a don Quijote en los dominios de la locura y de la cordura. A fin de estructurar el análisis, se establece una metodología consistente en estudiar la presencia de emociones en cada umbral significativo de violencia (en cada partida de un juego secuencial [por argumental]), tanto ante el enfrentamiento como ante el resultado.

A la vista de esos datos se obtiene una pauta de comportamiento violento del héroe, y después se efectúa una inferencia inversa, esto es, ante los mismos estímulos y

manifestaciones emotivas en el relato, se intenta averiguar porqué don Quijote golpea a vizcaínos, arrieros, ovejas o molinos y no golpea a otros graciosos, pastores o venteros en entornos narrativos y emotivos equivalentes. Por último, se someten todos esos datos a un software de toma de decisiones y se completan las gráficas de comportamiento del héroe, para averiguar qué es lo que éste realmente persigue.

Y tras dotar al texto de números y variables, tras el intento de extraer algoritmos de comportamiento de un increíble personaje literario, ¿cómo explicar que la razón de la sinrazón que a su razón se hace, de tal manera su razón enflaquece, que con razón se queja de la hermosura de su dama?

Obviamente, no hay ecuación o método que sustente un análisis cuerdo de esa frase del Quijote y por extensión, de todo el texto. La cuantificación de la belleza o del amor, como intangibles magníficos es imposible numéricamente. Las máquinas no pueden ofertar coherencia formal, paso último y humano en la lógica proposicional, tras la ordenación de los esquemas de axiomas y la obtención de las reglas de inferencia. Esa falta de coherencia y sensibilidad es lo que cada vez más nos permitirá utilizar las herramientas de la inteligencia artificial, pero siempre con el humano sentido común impreso en su programación y desarrollo, sentido que quizás las máquinas jamás tengan.

A la vista de los datos obtenidos, la conclusión del análisis formal literario podría dirigirse hacia el siguiente planteamiento: el que don Quijote se obstina en resucitar y exigir la imposición universal y por la fuerza del “código caballeresco”, es un sinsentido, entonces y hoy en día. Que aparezca ante los caminantes erigiéndose en juez que determina la penitencia ajena, es el capricho de un loco, una mutación altruista que conduce al fracaso por la burla, en el mundo real, pero que conduce a la inmortalidad heroica en el universo literario, en el dominio del placer lector, de la creencia, de la filantropía, del ideal. Afrontar la muerte en una playa de Barcelona por no aceptar el deshonor de una dama ficticia, es la superación de lo humano y la demostración incontable, inmedible de lo que un personaje magnífico obtuvo como recompensa de su loco viaje, la admiración eterna de los cuerdos lectores.

Si la tesis se inicia negando la verdad de las *respuestas absolutas*, se concluye deseando, secretamente, la veracidad de las *respuestas relativas* obtenidas en el frágil análisis de la estrategia de ese loco increíble. Si las respuestas del hidalgo se convierten en verdad, merece entonces la pena el intento de vivir con ese modelo de referencia, lleno de superlativos incontables y divinos, intento de vivir fijados en el hombre bueno que quiso, desde una idea absurda y superior, arreglar el mundo con un lanzón, un palurdo realista con los pies en el suelo y un criterio superior al de los que vivimos confusos en nuestras propias estrategias y teorías por mor de

una realidad que nos conviene. A través de la pauta estratégica que el loco decide seguir en un mundo en el que Homero ha muerto, don Quijote conquista la inmortalidad que su autor, Cervantes, buscó y quiso encontrar en Lepanto, ambos sobre la ofrenda del sacrificio personal.

Más allá de las conclusiones literarias y emotivas obtenidas, del proceso de análisis efectuado se extraen conclusiones de preferencia de recompensas y perfil emotivo que, en el dominio de la locura, muestran claros términos de deseo de vuelta a un mundo normativo más perfecto, interactuando el protagonista a este fin con figuras fantásticas auxiliares (instrumentales) que él mismo crea, como la dama o los enemigos ficticios, con el objeto de completar la información en la secuencia de hechos (secuencia del juego) y sobre su semántica compilada toda ella en sus libros de caballerías. No pierda el lector de vista el alto valor narrativo (y político) de incorporar antagonistas instrumentales (ya fallecidos, o legendarios) a la lucha política, para vencerlos en la dialéctica, aunque estén ausentes o vivan solo en la Historia. En el texto analizado se detecta, en este sentido, una gran contaminación del carácter español, idiosincrasia manifestada en lo referente a la honra como elemento irrenunciable, denotando así el orgullo propio de los hombres cuerdos de su tiempo, y la estoica moral de victoria y de conquista ante lo adverso, propia del Renacimiento.

Esta descomposición textual en dominios, acciones, recompensas y contextos de emoción podría ser en el futuro una fórmula cooperativa de análisis de las opciones estratégicas de un personaje literario determinado. Con una misma herramienta, un conjunto de analistas actuando sobre un mismo texto, definiéndose los términos estratégicos de las acciones verbales que discriminan los comportamientos, podrían, en un ámbito académico, emprender un análisis del número de estrategias, a través de sus variables similares, que un personaje literario o incluso real, ejecuta en un texto en la que la historia narrada muestre la necesaria coherencia en cuanto a las pautas estratégicas del personaje en cuestión. Análisis similares se efectúan por los servicios de inteligencia de muchas naciones, basados en modelos predictivos a partir del análisis de los textos hablado o escritos de los individuos que supongan riesgo o amenaza.

Alejándose este análisis de factores ponderables, se percibe en el entorno de las emociones una estructura constante y marcada en torno al umbral verbal seleccionado, que en la actitud altruista y competitiva de don Quijote denota el incontrolable y violento deseo de imponer un orden particular, interiorizado e idealizado sobre la base de la amenaza inexistente anteriormente propuesta, que rescata de relatos fantásticos pasados o de ideas propias sobre la igualdad, el linaje o la virtud. Revela el fuerte capricho contenido en esa estrategia, capricho que se expresa en dictar normas a los otros. Las emociones y recompensas pautadas

muestran esa obsesión por el triunfo de su norma caballeresca, totalitaria en cierto modo, aunque profundamente generosa, pues se expone sin desmayo a sucesivas derrotas y golpes. Obsesión por el triunfo de la norma, más que por el triunfo propio, pues don Quijote concibe cómo su fama será el código textual perdurable en el futuro de esa nueva ley.

Quizá más que solucionar un mundo que no le gusta, extendida conclusión de otros analistas, se podría explicar la actitud de don Quijote como una aproximación magistral de Cervantes al supuesto deseo de todo español de mandar y regular, desde la posesión o atributo de un fuero o autoridad superior a la de sus semejantes, para así imponer una utopía, un nuevo contrato social a los ciudadanos, rompiendo su continuidad política, continuidad que quizás pueda considerarse inferior en el plano moral, pero lógica en el aspecto práctico según Ortega, que se extiende por el dominio de la economía o por el de la interacción social.

El español, el hispanoamericano tiende en muchos casos a esa expresión textual obsesiva que denota un profundo convencimiento de la propia posesión de la verdad, un convencimiento de que se redacta “lo bueno” desde la propia torre de marfil del redactor. Quizá articulistas, analistas, asesores de comunicación o imagen y todos aquellos que emplean el texto como herramienta política competitiva deberían atisbar, a la vista de este estudio, cómo las actitudes dogmáticas y los deseos de abrir nuevos procesos desde la superioridad moral de la utopía propia pueden albergar huellas de la patología del más increíble caballero que vieron los tiempos de la fantasía.

Adviértase sin embargo la diferencia: si al objeto de arreglar el mundo no se sale a los caminos a costa de la hacienda propia, del valor del propio brazo expuesto a todos los golpes de la vida, no es heroísmo, sino una táctica sesgada y cobarde para textualmente armar a otros y mancomunar o delegar el riesgo, táctica tras la que se esconde la estrategia del supuesto salvador, tal y cómo denunciase Miguel Hernández, tributario de su ideal, ante escritores de retaguardia. Quizá don Quijote y Cervantes por extensión, de manera inconsciente pero valiente según el modelo supremo de Garcilaso, plantean los términos prácticos del Elogio de la Locura, y de la conveniencia de vivir abrigados por la necedad, pero a la sombra de una estética sublime como única opción para el triunfo del bien, aunque la alforja viaje vacía de alimento y llena de golpes, de burla.